

...n resolución, él se enfrascó tanto en
su lectura, que se le pasaban las noches
veyendo de claro en claro, y los días de
urbio en turbio, poco dormi
del mucho
de manera q
lenósele la
que leía en
mientos com
desafíos, heridas, requiebros, amores
ormentas y disparates imposibles; y
sentósele de tal modo en la imagi
nación que era verdad toda aquella
máquina de aquellas sonadas soñadas

poemas de

CARLOS
MARZAL



El esplendor

La carn vol carn
A.M.

El portero de noche, en el hotel,
ese iniciado,
el centinela de la orilla bárbara,
nos franqueó el camino de regreso,
la senda hacia el letargo, hacia el paraje
en donde reparar el yo aturdido
y en donde conciliar a nuestros otros.

Un tenue opalescer de media luna
bañaba en media luz
la helada simetría del pasillo.
En el punto de fuga de una esquina,
ante una habitación como cualquiera,
la bandeja yacente,
la cena de unos huéspedes secretos,
interrumpía el suceder monótono
de puertas frente a puertas,
de números impares frente a pares.

Sobre el plástico inerte había loza,
y sobre el blanco de la loza inerte
los restos de una carne casi cruda,
la sanguina en desorden
que el azar dibujó
con el trazo violento de su enigma.

Pero no eran despojos,
en su rigor casual no incomodaban,
no ofendían el mundo de lo vivo,
sino que subrayaban su deseo.

Eran en mi sospecha un testimonio,
el rastro de un festín que sucedía
al otro lado de la puerta anónima,
la prueba del placer que nunca espera,
la carne que aludía en su parábola
al saqueo feliz de nuestra carne.

Eran el esplendor y la opulencia,
el lujo natural de un mundo franco,
la simple desmesura con que el cuerpo
reina en su orilla bárbara.

La carne quiere carne en su apetito.
Carne que en carne fiel se dilapida,
carne que en carne libre nos absuelve.

Como un fin en sí misma, nuestra carne,
en su gloria fugaz y en su alboroto,
es la voz que desdice el fin del mundo.

No sentí un funeral en mi cerebro

I felt a funeral in my brain
E.D.

Desde el cielo plumizo lloviznaba,
la ceniza candente
de un incendio cercano entre los montes.

El cipresal había travestido
su verde tenebroso
por la grisalla de una nieve impura.

El impávido mármol de los ángeles
se animaba, fugaz, con las pavesas.
Bajo el fuego de agosto, acontecía
mi tormenta de fuego sobre el mundo.

Al amparo espectral de unos paraguas,
llegó el cortejo fúnebre.
Los deudos sollozaban su dolor
en su estrella aterida,
allá en su frío sol del desconsuelo.

Dentro del corazón de la tristeza,
erguida me brotó la flor del júbilo
y me embriagué en perfume de estar vivo.

Salvada por la llama, mi alegría
era el modo de honrar superviviente
la fuerza de existir,
la insolencia procaz de ser felices
sin mérito y sin causa.

Mi tormenta de fuego me limpió
de las afrentas lúgubres.

Y el cuerpo, en su inconsciencia,
reclamaba valiente su aventura.

En la hoguera del mundo,
mi arrebatada mente pensó en mi funeral,
mientras la lluvia de ascuas nos cubría.

Pude sentir la envidia de mañana
hacia quien me honrará, si está contento
en la raíz sincera de su luto,
en su médula sabia del dolor,
para infamar la muerte con la vida.

Aquilatamiento

...sentí la sangre llena de gladiadores
V.N.

Hoy siento gladiadores en la sangre.
Una gloria sin mácula se brinda
sobre el tumulto azul de la mañana.
El júbilo es acero a flor de piel
y se eriza de filo el entusiasmo.
Nada puede nublar el heroísmo
que alumbra en testimonio nuestra carne.
No hay dragones que acampen en mi sueño.
No hay tristeza, no hay noches, no hay fracaso.
Es un honor estar aquí, desnudos.

Qué determinación me transverbera.
Qué solar inquietud me vuelve inmune.
Esta demencia ardiente es la victoria.

Se aquilata mi ser despierto en armas.
Hoy siento gladiadores por mi sangre.

